

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7-50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 225

Sevilla—Miércoles 1.º de Octubre de 1902

AÑO XXVI

Los redentores

Pocos, muy pocos fuimos los que tuvimos el valor de oponernos, combatiendo cara á cara á aquellas magnas y escandalosas y tumultuarias reuniones de gremios y sociedades comerciales é industriales que presumían de ser los únicos que nos iban á sacar del pozo y á procurar todas las venturas y todas las bienandanzas al país.

Aquel movimiento nos pareció altamente perturbador y esencialmente encaminado y dirigido contra la democracia, vislumbrando, al poco tiempo, de organizadas aquellas fuerzas poderosas, que todo se reduciría á que algunos de los que presumían de directores vieran satisfechas sus ambiciones de poder.

Había doctrina, había ideales, había una verdadera orientación del lado intelectual, que cometió la candidez de sumarse con los alborotadores de ocasión y con los revolucionarios circunstanciales, que llegaron al peligro huirán aterrorizados y se esconderían temblorosos y cobardes, de su propia obra, como así sucedió desde que el Gobierno comenzó á adoptar medidas que les hizo creer que pudieran correr riesgos personales ó merma en sus haciendas; pero ya habían arrastrado hasta el torbellino de la cómica resistencia á lo sano que protestó contra semejante acuerdo, pero que fué el único que se mantuvo en su puesto.

Costa, que era el cerebro, el pensamiento y la energía del revolucionario, fué vencido por los alarides bélicos, por los desplantes del tribunismo populachero del arroyo, y tuvo que apartarse vencido y lastimado, como se disgregaron uno á uno los componentes heterogéneos que formaron en filas.

Avergonzados los republicanos que se vieron sorprendidos en su buena fé. Desengañados los gremios y aburridos industriales y comerciantes de ver cómo aquel programa de Zaragoza, corregido y aumentado en Valladolid y completado con el acuerdo de la baja en la contribución industrial, tuvo por contera la famosa draconiana disposición de Villaverde y una orden del ministro y los toques de atención de la guardia civil, la señal de un despejo general y de una vergonzosa huida, en la que no pararon de correr hasta que dos años después fueron á dar con sus cuerpos en el Congreso.

Y no queremos hablar de benevolencias, porque bien palmariamente lo demuestran las actitudes de los que pedían cien millones de economías, y ahora ya se contentan con que bajen unos enteros los francos, y atisbando una crisis que les de acceso á los Consejos del rey.

Aquel movimiento de clases acomodadas, de carácter esencialmente conservador, con marcados tintes de un egoísmo inconcebible, fué falseado en su origen, mal dirigido y preparado y concertado acaso, para contrarrestar la acción de los verdaderos demócratas, que se apercebían á una leal y sincera unión en aquellos días de duelo y desolación.

Desde que se declaró por republicanos de los que figuraban en primera fila que la forma era lo de menos y que se dejaban en lo íntimo del corazón las convicciones para defender los intereses materiales del país y arrojar á los malos gobiernos, la mixtificación era manifiesta y evidente, la traición á las ideas que son consustanciales con la patria y sin las cuales todo engrandecimiento y toda regeneración son imposibles.

Apesar de algunos de muy buena intención y nobles propósitos, se hacía el juego á la monarquía y á los partidos de turno. Así dieron el poder á Silvela y contuvieron la acción del pueblo, que se dirigía ya á hacer justicia contra los acusados que habían perdido las colonias, robustecieron el poder monárquico y dieron reposo á los maldecidos políticos que hoy se glorían del vencimiento y de la sumisión del país.

Aprended de esos apóstoles de todos los atrevimientos, y no fiarse de los que anuncian todas las tormentas y todos los cataclismos; busquemos en la unión de los republicanos, sin grupos ni capillas particulares, la verdadera redención, y entreguemos la hueste á los caudi-

llos más prudentes en la exterioridad, pero enérgicos y profundamente revolucionarios en el fondo.

A. A.

Nota del día

Ha muerto una de las mayores glorias de la Francia: Emilio Zola.

El progreso universal ha perdido uno de sus más fuertes baluartes, los pueblos oprimidos uno de sus primeros redentores, y el trabajo uno de sus miembros más entusiastas.

Porque Emilio Zola era un trabajador impenitente.

Victor Hugo primero, y Emilio Zola después, representan el siglo diecinueve, ese gran siglo que ha de brillar eternamente, como grandioso faro de luz inextinguible, en la historia de la Humanidad.

«Esto matará á aquello,» decía el inolvidable autor de *Los Miserables*—ese evangelio con que nos desayunamos toda aquella juventud briosa que enterró en Alcolea un trono que oía á lupanar—refiriéndose á la pluma, la Iglesia y la espada.

Aquella profecía del gran poeta francés parecía estar próxima á cumplirse...

Cada libro del gran maestro que acaba de morir producía una revolución universal, en la que no se consumía otra pólvora que la del pensamiento; pero con la que se derribaban todas las Bastillas, todas las tradiciones, todas las supercherías...

El templo del cura era socavado en sus poderosos cimientos, y sobre la ruina de la Iglesia egoísta, de la familia de vagos y mercaderes que esclavizaban la conciencia, atemorizándola con un más allá de dudoso gusto para los pobres y de goce envidiables para los ricos, levantaba Emilio Zola el gran templo, el sagrado templo del amor universal, sin otro Dios que el Trabajo y sin otra santa que la Tierra, la madre amorosa, siempre solícita, siempre fecunda, siempre rica y cariñosa para quien en ella confía y á ella le dedica todo su amor.

La pluma venció á la Iglesia y la espada: ¡Emilio Zola era un capitán general con mandos! Cada obra suya era una batalla ganada, sin derramamiento de sangre, al predominio absoluto de la barbarie, de la tiranía, de las excelsitudes de esa casta que vive de los privilegios de un pasado bárbaro y sin glorias.

La Revolución francesa que levantara un culto á la Razón, tenía que producir esos monstruos de la inteligencia, y los produjo: Victor Hugo y Emilio Zola.

Los dos sembraron la semilla del bien y de la justicia.

¿Germinará?

Descanse en paz el gran maestro, cuyo *Yo acuso* resuena todavía potente y aterrador, en los oídos del jesuitismo infame, al que hizo temblar ante la barra del tribunal de la Justicia, abriéndole las puertas de la prisión á un hombre inocente y caballero.

Cuando el populacho de París le amenazaba, vociferando injurias con la estupidez de todos los pueblos inconscientes, una mujer agradecida y amante, la esposa de Dreyfus, sembraba de hojas de flores el portal de la casa en que habitaba el gran novelista, el profundo escritor, el que ejercía de Cristo moderno...

¿Qué no hará ahora aquella mujer modelo sobre la sepultura del que fuera su redentor en el camino del martirio!

La rociará con lágrimas de agradecimiento, con esas lágrimas que son completamente desconocidas para la humanidad irredenta, pero que llevan en sí los efluvios amorosos de todos los corazones que sienten el bien y aman la razón.

Con ellas caerá también sobre la sepultura nuestra queja dolorosa, sincera y humana, hija de nuestro más acendrado sentimiento.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Con el último día de Septiembre debieron concluir los extraordinarios de nuestra Feria otoñal.

Este año, por yo no sé qué circunstancias, ha quedado una cola, que nos hará quedar mal si el tiempo no lo remedia.

Los Coros Clavé se han quedado rezagados con el objeto de poder celebrar sus conciertos al aire libre, y el cielo ha dicho—Agua va—para deslucirlos.

Hasta la hora presente, aún no se sabe otra cosa sino que hoy cantarán en la Plaza de Toros si el tiempo no lo impide, que lo impedirá; y que á la noche habrán de concurrir al Prado de San Sebastián, á donde no podrán ir por la lluvia que nos está favoreciendo.

Este espectáculo va á resultar un poquito desigual y poco entretenido.

Como la vida política nacional está casi cadáver, los colegas de grande y pequeña circulación no traen noticias que puedan alarmarnos ni preocuparnos.

Lo que más nos pudiera afectar sería la entrada de los conservadores en el Poder, y como quiera que el Sr. Sagasta ha tenido la habilidad de conservadorarse todo lo posible, la Corona, el poder irresponsable, no tiene para qué pensar en Silvela para nada.

Si D. Francisco viniera al Poder, ¿qué males nos iba á proporcionar aparte de los que ya tenemos?

¿La alianza?

Están verdes todavía, en tanto no nos podamos desenvolver dentro de nuestra casa.

Antes de aliarnos con los vecinos tenemos necesidad imprescindible de hacernos nosotros amigos, y de que la fraternidad familiar española sea una verdad.

El partido conservador ha llegado siempre á la vida pública cuando se ha creído que los excesos de libertad consentidos por los liberales podrían perjudicar á las instituciones reinantes, amenazándolas en su sueldo...

Peró... ¡si no hay tal cosa!

Jamás ha gozado la Corona española de más tranquilidad que ahora goza, ni de más sobresueldos.

Los pueblos del Norte se han quedado roncando dando vivas al ilustre hijo del rey pacificador, en el que se sintetizan todas las glorias de percalina barata que hemos conquistado á principios del siglo veinte.

Nuestra escuadra, chiquita y borita, navegando todo el verano para su recreo, le ha evitado los gastos de viaje. Los ayuntamientos españoles, apenas entran en su jurisdicción las personas reales, se apresuraban á decir:—¡Está pagado! ¡Está pagado!—Y el dinero de la enseñanza pública, del asco público y de las necesidades públicas, todo se biengastaba públicamente en honor y economía de la bolsa real, única bolsa que cobra en España en oro y sin descuento.

Y sucediendo todo esto en tiempos de liberales con mando, ¿qué, y para qué, ha de venir el tipo Silvela y sus adláteres?

¿A retrotraernos más?

¿A fundar la Santa Inquisición en toda España?

—¿Por qué dice usted en toda España? ¡La hay establecida en alguna parte!

Si señor: en Barcelona hace ya muchos años que la Santa Inquisición está establecida.

Por eso los catalanes se han dado á viajar bajo la bandera de Clavé y entonando su himno *Gloria á España*.

Si gloria á España! que á ellos los tiene bajo el poder del mauser y á nosotros bajo el poder de cuatro titeres.

Las noticias que nos llegan por telegramas urgentes, á disgustos, puñaladas y otras cosas se refieren. Como los crimenes hoy son una cosa corriente, me abstengo de comentarlos, y eso se ahorran ustedes. Sagasta sigue tan puro, tan liberal é inocente, y Moret con sus enjuagues de hipoteca cuando puede, porque el pobre está más pobre cada día que fenece.

El pueblo valenciano, en el aniversario de la revolución de Septiembre, ha celebrado un acto de importancia suma, y de tal magnitud, que lo coloca á la cabeza de todos los pueblos españoles.

Gobierna en Valencia un tal Capriles, uno de esos señores que componen la guardia negra de

Palacio, porque la señora doña María confía en que ellos son los sostenedores de los siete millones de pesetas anuales y de esta Jauja en que ella ha caído por virtud de entroncamiento con un tísico.

Fué allá en calidad de valiente porque era marino... ¡ejem!, y desde que llegó á Valencia no sale del Gobierno civil ni á tres tirones. En cuanto llueve fuerte, ordena que se reconcentre toda la guardia civil, y que las tropas estén acuarteladas y tomen posiciones estratégicas.

Con motivo del mítin celebrado el pasado día 29, la ciudad de Valencia parecía una plaza en estado de guerra. La guardia civil, la caballería, tenía tomados los puntos estratégicos. La guarnición vióse obligada, por orden superior, á estar acuartelada y con los arcos puestos en disposición de echarse á la calle en cuanto Capriles sintiera el primer dolor de tripas.

Y en tanto... Blasco Ibáñez abría la sesión en un amplio frontón, al aire libre, diciendo:

«España, aunque lo crean así nuestros enemigos, no está muerta: podrá dormir, pero despertará. Contemplad indiferentes todos esos alarides que se hacen para mantener un orden que hoy no queremos alterar, pero que alteraremos indudablemente mañana. No nos preocupan tan extraordinarios alarides de fuerza, ni los fusiles extendidos más allá de esos muros. Isabel II contaba con muchos más fusiles hace hoy treinta y tantos años, y, sin embargo, de nada le valieron en Alcolea, no pudiendo impedir que atravesase la frontera para siempre. (Aplausos).»

Y siguieron los oradores republicanos diciendo todo aquello que les pareció, sin que el delegado de la autoridad ó alguacilillo de Capriles se atreviera á interrumpirlos, ni cuando Vinaixa decía, hablando de los Borbones:

«Empezó con reyes maníacos é idiotas como Felipe V y Fernando VI, y siguió con un imbécil como Carlos IV y con un miserable y bandolero como Fernando VII.»

Ni cuando Blasco volvió á hablar, resumiendo los discursos y ocupándose en Sagasta:

«Se trata de un hombre anciano, y resultaría poco noble el que nos cebáramos desde aquí en una persona que se encuentra con un pie en la tumba; pero del mismo modo que en la Edad Media á los grandes delincuentes se les ponía en la picota á la vergüenza del público, pongámosle en la picota nacional, porque ha sobrevivido, para vergüenza del pueblo español, para ser traído á los ideales y la dignidad de la patria.»

Acabóse el mítin republicano, y la multitud entusiasta pasó indiferente por entre las filas de guardias, yéndose á sus hogares con la mayor tranquilidad y dando pruebas de sensatez y cordura.

Necio y más que necio deberá de ser ese gobernador cuando, por cualquier motivo, trata de provocar á un pueblo como el de Valencia, que tiene dadas suficientes pruebas de saber conducirse con serenidad y con valor cuantas veces ha sido necesario.

¡Como si fuera á esperar el pueblo valenciano, para turbar el orden, á que Capriles se defendiera!

De ello se enterará ese gobernador provocador el día en que, dispuestos á sacudir el yugo, lo cojan en volandillas y lo tiren por el balcón del Gobierno civil para que se lo coman los perros.

Anoche tuvimos una corrida de toros nocturna que no estaba anunciada en el cartel de la Feria.

A eso de las nueve y media de la noche se presentó un hermoso buey desmenuado del Real de la Feria, en la calle Rioja, y empujando á un transeúnte forastero, le hizo ver que en Sevilla no se puede andar sin capote desde que empieza á anocheecer.

El aviso que recibió el susodicho forastero puso en conmoción á todos los transeúntes, que se apresuraron á subir á los tendidos, vulgo zaguanes, ventanas y mostradores, dejando la vía libre y á disposición del buey.

En esta vía sucedió un caso curioso. Transitaba por ella un cura de esos jacarandosos que llevan el manto terciado y la teja echada hacia atrás, cuando se encontró frente por frente, aunque á distancia, del buey. Ver al animalito, recogerse las enaguas y echar á correr sin hacer siquiera la señal de la cruz, todo fué uno. Internándose en la antigua calle Tripeiras, vía Apia de toda clase de Traviatillas de poco pelo, entróse de rondón en una casa, y á creer á quien esta noticia me ha proporcionado—quien se dice testigo—á la una de la noche todavía no había salido de la casa de las Magdalenas.

¡Misté por dónde el buey le proporcionó al curita una buena venta de indulgencias plenas!

Desde la calle Rioja dióle al buey por presentarse en la calle de las Serpientes, y en ella hizo su entrada triunfal con detrimentos de vasos, ta-

zas y cucharillas de los cafés y establecimientos públicos allí establecidos.

Hufa la gente como si el cólera se hubiera presentado con su ejército de microbios.

Un forastero, demasiado gordo para viajar en el tren como una persona nada más, al verse al bucy detrás, como observara a un guardia municipal que estaba delante de él, gritó:

—¡Guardia! ¡Guardia! ¡A esel!

El guardia, no bien dióse cuenta del suceso, metió mano al sable y... echó a correr diciendo: —¡Que lo prenda Dios que lo crió!

—¡Para qué sirven los guardias municipales en Sevilla?—decía el pobre forastero después, todo magullado por haber servido de mingo en la calle, porque todo el que corría tropezaba con él.

Desalojada la calle Sierpes de curiosos, apareció el bucy en la Plaza de San Francisco, y enseguida se alquilaron todos los coches. Uno por aquí, otro por allí, la plaza quedó vacía... Unicamente los coches del tranvía eléctrico permanecieron en su sitio, no sin que algunos cobradores se subieran junto al trolley para ver la corrida con más comodidad.

—¿Dónde están los guardias? ¿Dónde están los serenos?—preguntaba uno de los atropellados.

—¿Dónde han de estar, hombre?—contestó un alcalde de barrio—¡Juyendo de esta vecindad en la que se encuentra uno un güey a la güerta de una esquina!...

CARRASQUILLA.

EL CONGRESO DE GINEBRA

La venta de España

Nunca me ocupé en asuntos dependientes del más inútil de los ministerios: del ministerio de Estado. Tengo verdadero horror a los diplomáticos uniformes; me parecen las embajadas un lindo pretexto para destapar botellas de Champagne y rizarse el bigote cuatro ó cinco veces al día. En antiguos tiempos, era la diplomacia oficio andariego y hasta peligroso; iban los embajadores a las naciones precedidos y seguidos de aparatosos cortejos, ofrecían a los soberanos productos de lejanas tierras, telas de raros bordados ó alimañas de salvaje pinta. Sus viajes servían de pretexto para sensacionales mudanzas políticas.

Corrían cientos de leguas á caballo, á fin de ponerse en contacto con apartadas razas y países.

Eran, en fin, la voz del interés de los pueblos, el símbolo de la bandera patria.

Sujetos al escalafón, burócratas ó desocupados, los diplomáticos de la presente época apenas si sirven para lanzar de cuando en cuando notas tan desatinadas como la famosa nota del Vaticano. Sus ímpetus guerreros se consumen en la danza de cotillones; sus energías se dobligan, con el espinazo, ante la púrpura de un Cardenal romano. No redactan protocolos, pero dictan *menús* de comidas.

Bien peinados, embutidos en recamadas casaquillas, luciendo espadines de guardarropia, guiñando los ojos al través de sus monóculos, siguen cómodamente una carrera que les permite montar á caballo, divertirse de lo lindo y á veces entraparse en las lindas redes de las *cocottes* de moda.

Los más graves é importantes hacen misteriosos viajes de cuando en cuando, hablan enfáticamente, como los doctores de Moliere, de la «cuestión de Oriente» y del gran Turco; se sientan en la otomana y junto á su sublime puerta; y hablan del Muluya, del «porvenir de Marruecos», del «elefante y de la ballena»; es decir, de la guerra entre Rusia é Inglaterra.

Entablan cuestiones de etiqueta á cada paso y por una *cocotte* ó *menú*; por un insignificante detalle cancilleresco, llenan cuartillas y papelotes, que duermen luego el sueño eterno en el ministerio de Estado.

¡Es una ganga para estos personajes que los republicanos ó los carlistas vayan al extranjero! Figen entonces misteriosas tramas, ejecutan en el teclado de las claves secretas interminables tocatas, destacan guardias y esbirros y ejercen el papel de polizontes con el celo, la constancia y la torpeza de cualquier servidor asalariado.

Tiempos llegarán en que la carrera diplomática se reduzca, y sustituyan á unos cuantos fantasmones de vistoso plumaje, los cónsules y agentes de la nación, hombres de carrera, amparo de sus conciudadanos cuando viajan por países extranjeros. El ferrocarril y el telégrafo, que juntan á los hombres de toda la tierra en pocas horas ó en minutos, harán desaparecer por completo á esas estantiguas de la rancia política.

De esto hablaba yo en un paseo de Ginebra la mañana del mismo día en que se inauguró el Congreso con varios diputados y escritores.

—No lo crea usted—me dijo un conocido

escritor francés.—Si bien su embajador en París es un excelente policía y de ello tienen ustedes reciente prueba, el Sr. León y Castillo no pierde su tiempo. ¿Usted sabe las cosas que se tramam en el gabinete de Negocios Extranjeros de Francia?

—Dígamele usted, porque mi penetración no llega á tanto.

—Vera usted. Nosotros los franceses tenemos la desgracia de poseer, entre otras calamidades, un ministro de Estado que no nos lo merecemos. Hay pocos hombres en Francia de tan escasa talla como Mr. Delcassé, que este es su nombre. Un caballero de estatura política y corporal harto rufn.

Es uno de los hombres más pequeños de Francia. Cuando fué á Rusia recientemente con el presidente de la República, los gigantes granaderos del Czar se lo metían todas las noches en el bolsillo. Y ante los diplomáticos moscovitas, generalmente tan buenos mozos, se aparecía como Pulgarcito ó como Gulliver en el país de los gigantes. Le concedieron una gran cruz rusa y tuvo que renunciar porque no tenía sitio en el cuerpo donde ponerse una cruz tan grande. Este Delcassé se pirra por los honores y las tramas diplomáticas de opereta. Caran d'Hache, el célebre caricaturista, le dibujó una vez en presencia de los emperadores de Rusia y de Austria. Delcassé, que no les llegaba á las espaldas de sus botas de montar, decíale insolentemente:

—Quizás, quizás les permita á ustedes que sigan gobernando en sus imperios. Sean ustedes buenos chicos y cuenten con mi protección.

Pues Delcassé, que quiere dejar su ministerio circundado con la aureola de un pequeño Richelieu, há tiempo que tiene puestos sus ojos en España. No hay peor cuña que la de la misma madera, y desde que se roza con los casaquines diplomáticos y le invitan á comer duques y barones, el hombre há perdido los estribos.

Detesta á los republicanos, que le parecen cosa de poco más ó menos, deshollinadores ó carboneros que manchan el virginal salón del ministerio de Negocios Extranjeros. Há fijado sus ojos en la monarquía más antipática y decadente de todas las de Europa: en la de España. Cuenta con Rusia, es decir, tiene la fuerza y la pesadez, y desea que España le divierta en los intermedios diplomáticos. La quiere como ficha de ajedrez para sus combinaciones futuras en Marruecos. Y ya sabe usted que España siempre ha salido perdiendo con estas martingalas; así perdió Gibraltar y perderá hasta la Giralda de Sevilla. En caso de guerra europea, Francia tendrá en el Mediterráneo un país que entretenga á Inglaterra, y bien pueden servir los españoles de cabeza de turco, de carne de cañón, de figura de cotillón, que á costa de su sangre y de las tiras de su piel, impida que se sacrifiquen tierras y vidas francesas.

Hablo á usted con la independencia de criterio de un hombre que, como yo, no reconoce fronteras en el universo.

España hará ese papel y le darán en cambio unos cuantos arenales de África; otro...

—Otro cartucho de perdigones como el del Río Muni—interrumpí yo.

—Eso es. La entregarán á la venganza de Inglaterra. ¡Acordáos de Trafalgar! Y sin comerlo ni beberlo, los pobres españoles serán sacrificados á la perfidia de un ministro aventurero y á la torpeza de una monarquía y de un gobierno que sueña con leyendas quijotescas en el exterior, cuando su casa anda revuelta, si es que tiene muebles donde reposar y pan que llevarse á la boca.

—¿Y usted cree sinceramente que España aceptará esas combinaciones?

—España, no, però sí su monarquía. Esas instituciones se hallan tan huérfanas de consideración internacional, que se contentan con una sonrisa comprada á costa de la sangre de los españoles. Cuando fué el príncipe *sai disant de las Asturias* á las maniobras militares de Francia, los monárquicos españoles se pirraban de gusto porque el presidente de la República le convidó á comer y en las maniobras se le dió de almorzar.

—¡Ha pasado, tantas hambres!—interrumpió no sé quién.

—Sin embargo, á las familias de los principillos exóticos y negritos que viajan por Francia, se les hacen los mismos honores. Las instituciones, por lo laborozadas que se muestran, parecen, sin duda, dispuestas á cambiar el porvenir de España por una terrina de *foiegras* y un taponazo del Champagne republicano. El príncipe se há dado importancia.... Ya saben ustedes lo que esto les cuesta.

—¿Y los republicanos españoles?

—En eso está lo más vergonzoso de la partida. La monarquía española reniega de su ca-

tolicismo y se alía con la República expulsadora de frailes y monjas, á cambio de que esta República reniegue á su vez de sus tradiciones gloriosas, persiguiendo á los republicanos españoles, impidiéndoles que viajen por Francia, que se abracen con nuestros radicales y hagan lo que puedan por mandar á paseo ciertos viejos chirimbolos españoles.

—¡Eso no será!—interrumpió un fogoso diputado francés.—Precisamente en la Cámara francesa hemos formado un grupo de 40 ó más diputados jóvenes radicales, dispuestos á imprimir á la política francesa su admirable historia pasada. Aliarse con lo caduco, con lo viejo, con lo podrido, para sumir á una nación en la intolerancia y la barbarie, perseguir todo anhelo de revolución y de regeneraciones, jeso no será. No hacía falta, para llegar á esto, que nuestros abuelos hicieran la revolución de 1789. Francia debe ser la gloriosa matrona republicana; á sus pechos deben criarse los retoños de la juventud republicana europea. La espada de Napoleón sirvió para vengar viejos rencores, sacando á las naciones de su letargo secular. La espada republicana debe llegar á más; á imponer la República universal. ¡Vamos, á ser más tiranos que Napoleón!

El joven diputado alzaba los brazos; de sus labios caían hirvientes párrafos de sublime elocuencia. Se presentía en ellos la futura tormenta, la lucha entre los republicanos pancestos que gobiernan Francia y la nueva República enemiga del nacionalismo, del sable y del bonete.

—Haremos una República en España—decía—cuando mandemos. Con ella y la francesa llevaremos á Marruecos la luz, no la barbarie. No haremos de España una Turquía, un Transvaal, un rebaño de esclavos.

—En fin—añadió otro diputado—sepan ustedes que la monarquía española, con tal de conservarse y de fastidiar á los republicanos, perderá lo que le queda, como perdió Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

—Nosotros iremos á España. ¡Vaya si iremos!—interrumpió el diputado joven.—Cuenten con nosotros, ¡adelante! Nada nos intimida, ¡pese á monarquías, á gobiernos, á tiranuelos! ¡Vamos á impedir LA VENTA DE ESPAÑA! y ahora ¡al Congreso!

Atravesábamos una melancólica alameda de castaños; los niños ginebrinos jugaban sobre el verde césped; los pájaros llegaban en bandadas como granujillas traviesos. ¡Cuánta paz en la tierra! ¡Cuánta guerra entre los miserables que deshacen España y se reparte sus vestiduras para conservar su camisa!

RODRIGO SORIANO.

Coros de Clavé

De actualidad

CATALANES Y ANDALUCES

El *Orfeón Sevillano*, engendrado en Triana y nacido de ayer en Sevilla, dió anoche tales pruebas de vitalidad, que no podemos por menos que predecirle un porvenir robusto y plétorico de salud.

Anoche, á las diez y media, en el Hotel de España tuvo lugar una de esas escenas que difícilmente olvidan los que tienen la dicha de presenciárselas.

Como se sabe, están parando en dicho hotel los directores y demás miembros que forman la comisión organizadora de los coros que llevan el nombre del inmortal José Anselmo Clavé, su fundador.

El *Orfeón Sevillano* quiso dar una prueba patente de su vitalidad, y al mismo tiempo de su admiración hacia los huéspedes á quienes há recibido Sevilla con cariño sin igual.

Al efecto, dió una brillante serenata que fué ejecutada con tal maestría, que costó trabajo convencer á los de Clavé, que el *Orfeón Sevillano* era, por su tierna edad, un párvulo que daba sus primeros pasos en la tierra coral.

La corriente de efluvios simpáticos fué espontánea; andaluces y catalanes fraternizaron en el acto, y sería preciso ser muy pesimista para no ver en esa aproximación algo bueno para el ansiado mañana.

Es preciso advertir que el Director del *Orfeón*, por un motivo que no hemos podido averiguar, faltó á su compromiso y no acudió, lo que no trajo el menor trastorno en la ejecución de los cantares, que fueron admirablemente interpretados.

El maestro don Maximino Novi, director actual de los Coros de Clavé fué el que anoche tomó la batuta, encargándose de la dirección del *Orfeón Sevillano* hasta la una de la madrugada que duró el concierto.

Ya los lectores de EL BALUARTE conocen al joven é ilustrado director de los Coros de Clavé

por los éxitos obtenidos en París durante la Exposición de 1900, y de los que nos dió cuenta nuestro redactor corresponsal en aquella capital.

Hé aquí los trozos cantados por el *Orfeón Sevillano* bajo la dirección del joven maestro: 1.º Las Auras.—2.º Al Mar.—3.º Al festín.—4.º Gloria á España.

Todas esas piezas fueron aplaudidas con gran entusiasmo.

En los intermedios se pronunciaron allocuciones entusiásticas, en las que se abogó por la fraternidad de todas las regiones españolas y en los medios pacíficos que hay que emplear para llegar á devolver á España algo de su grandeur.

En un elocuentísimo discurso, el señor Sales (don Antonio), ilustrado abogado y concejal del Ayuntamiento de Barcelona, presentó á Clavé como el azote de las tabernas, como un español que ha hecho más por su país que muchos conquistadores. Tuvo para Andalucía frases muy bellas; dijo que no podía ser buen patriota aquel que no amaba al pueblo que le viera nacer; que era preciso ser buen andaluz y buen catalán para ser buen español, y que, cuanto más agobiada se halla la madre patria, más grandes debían ser los esfuerzos de todos sus hijos para aliviarla.

Añadió que al engrandecer los andaluces á su región, los castellanos á Castilla, los gallegos á Galicia, los catalanes á Cataluña y cada cual la de que es hijo, era la obra común de todos para sacar del abatimiento general en que está sumido el gran cuerpo nacional.

En el local vivos á personas significadas de todos los partidos políticos desde el conservador hasta el republicano exaltado, y, cuando llegó la hora de los vivas, el viva España fué exhalado con indescriptible entusiasmo.

Un obrero del campo: un toscó labriego, ha traído de Rubi (pueblo de la provincia de Barcelona) varios bustos del fundador de los coros que llevan su nombre; ese trabajador es el autor de esos bustos, que están admirablemente ejecutados.

Durán (así se llama el labriego escultor) es el prototipo de la modestia; regaló á varios de los concurrentes á la fiesta varios de los bustos y uno de gran tamaño, que causa la admiración de todos, al *Orfeón de Sevilla*, como prenda que, dice, debe servir de lazo entre Cataluña y Andalucía.

El dueño del Hotel de España mandó servir un *tunch* suculento; pastas, dulces y excelentes vinos de las mejores marcas de Sanlúcar y Jerez.

Á la una y media y tras de calurosos abrazos que sellan el pacto de amistad hecho entre catalanes y andaluces, se terminó la fiesta á la voz de ¡viva España!

Villagarcía.—Ha habido nuevas colisiones entre jeiteros y trañeros en alta mar.

Aquellos atacan á los galeones, arrojándoles la pesca.

Los tripulantes de un galeón, asediados, desembarcaron en Palmeira.

El pueblo amotinado quiso lincharlos. La benemérita dió cargas y disolvió á los del motin.

Villagarcía.—Ignórase el paradero de 20 galeones cargados de sardina: ansiedad.

Ha fundado el cañonero *Molina*. Se han hecho numerosas detenciones.

Coruña.—Restablecióse el orden en Riveira de Palmeira.

Los jeiteros de Puebla del Caramiñal aboradaran en alta mar á las trañeras, arrojándoles la pesca.

Al regresar apedrearon las fábricas de conservas, causando daños.

Dos marineros heridos. Está concentrada la benemérita.

Los trañeros están dispuestos á armar las embarcaciones.

Espérase el *destroyer Audaz*.

Dicen de Roma que al conocer el Papa el fallecimiento de Zola, exclamó: «Era enemigo pero franco; Dios reciba su alma».

Otros informes niegan esa noticia.

París.—El Director del Laboratorio municipal Gujardo opina que la muerte de Zola debióse á la casualidad de despertarse, bajarse del lecho y caerse al suelo.

Sumergióse en óxido carbonó que ocupaba la parte baja de la habitación.

La esposa debe su salvación á haberse levantado de la cama para trasladarse á la habitación del tocador, respirando aire.

La Liga de Derechos del Hombre há abierto suscripción para erigir un monumento.

Frente al Hotel está estacionada la multitud. La prensa europea publica extensos artículos.

Mellado Pariñas conferenciaron con Rodríguez.

Está acordado que el convenio entre el Banco y el Tesoro para las agencias de París y Londres, dure cinco años, siendo renovable anualmente.

En concepto de indemnización percibirá el Ban-